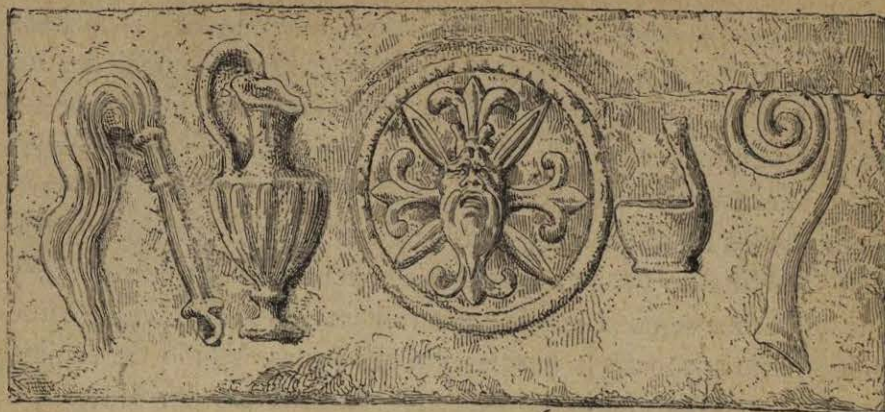


me han imputado que hacía morir de hambre al pueblo: todo lo sé. De tales ingratos ¡ay! nada me maravilla, pues han olvidado todos mis beneficios hacia ellos. Así por doquier me cercan y me conminan terribles amenazas. He querido ir al teatro de Pompeyo, y los simulacros que representan las naciones han venido hacia mí como piedras móviles y me han impedido el paso, encerrándome como dentro de una fortaleza, muy semejante á prisión profunda sin luz y sin aire. Todos me abandonan. He querido reclutar ciudadanos y ninguno se presenta. He pedido esclavos, y los patricios deben sepultarlos vivos, pues no parece ninguno. No voy á tener otro remedio sino constituir un ejército de amazonas, como las que asustaron al colérico Aquiles, dándoles liras en vez de armas, para que destrocen los campamentos enemigos y ahuyenten los soldados, al revés de Orfeo que congregaba los pueblos y de Anfión que construía las ciudades con sus liras. Pueda ser que, presentándome yo solo en duelo y en lágrimas, vestido de luto y sin armas ante mi ejército, me captase su corazón y consiguiese su obediencia inmediata. Y si les llevo un himno compuesto por mí para que lo canten, ¡ah, no me cabe duda!, lo aprenden, lo ensayan, lo entonan, y luego se dirigen de Aquitania en marchas dobles al Capitolio, aclamándome su emperador y su dios. Pero ¡ah dioses!, no me siento yo en mí, la corona se me cae de las sienes, el manto imperial se abraza y enrosca en mi cuerpo como los anillos de una culebra; paréceme la bóveda de un panteón aquel solio que antes aparecía como la bóveda celeste á mis ojos extáticos; las bases del trono bambolean, y este mismo se ha tornado en un Etna dentro del cual me abraso y carbonizo: hasta los dioses, tan propicios antes á mis invocaciones y á mis ruegos, me miran ahora con malos ojos, con ojos de lechuza, y por no ver sus miradas, llamaría con golpes redoblados á la tierra para que dentro de sus entrañas me acogiese y me arrancase el ser sumiéndome allá en los abismos de la nada.



CAPITULO XXV

FINIS

Tras tantos desvaríos, viendo la nodriza que no había medio de consolar á Nerón, llevóle á la cama como á un mísero niño, y lo acostó, dándole dulce poción que le conciliara el sueño. Pero fué de dura escasa éste. Los fantasmas en su mente surgidos al golpe de la desgracia crecían en cuanto cerraba los ojos; y no había sueño tranquilo, por ocupado todo él de intranquilos ensueños. Así el descanso aumentaba su natural cansancio. Tras una hora de sueño fatigoso, despertó con visiones de alucinado, aumentadas por el carácter fantástico, que prestaba su horror á cuantos objetos le circuían, y no pudiendo sufrir más aquellos sueños, turbados por los ensueños é interrumpidos por los insomnios como aquellos insomnios llenos de cuidados terribles, pidió la ropa, y vistiéndose con los estremecimientos de un verdadero náufrago, partióse á los jardines de Servilio, do únicamente se llevó la bola de oro que contenía el veneno de Locusta, seguido por los servidores, precipitadamente reunidos, Helio, Dorifero, Espiro, Faón y la nodriza. Eran tales jardines, propiedad bajo Nerón del imperio, aquellos que á la madre de Bruto regalara su marido para esparcimiento y recreo, llenos con árboles de todas clases y con estatuas de todos tiempos, dotados con un palacín precioso y una considerable biblio-

teca, por cuyos espacios los tribunos se reunieron para las conjuraciones urdidas contra César primero, y para las conjuraciones urdidas luego contra el vengador de César, contra el infame pretoriano Antonio. Nerón, cuya fantasía no descansaba un punto, evocó todos los recuerdos trágicos por allí diseminados, y resaltando entre todos los relativos á suicidios célebres y muertes violentas, acarició la bolilla de Locusta, que debía concluir con su existencia, y miró al Tíber como si requiriera en él un Leteo de olvido eterno y de eterno sueño á sus heridas y á sus penas. Yendo de camino para tal extraño refugio, no hacía Nerón más que dar diente con diente, á pesar del calor estival, tan intenso hasta por las noches en Roma, y quejarse con lamentos nacidos de un verdadero dolor y parecidos á los lanzados cuando hacía en el teatro de preñada matrona en las horas del doloroso alumbramiento.

— Lo que pasa por mí, no ha pasado por nadie, ama de mi corazón — decíale á su nodriza.

— ¡Pues no ha de pasar! — díjole con cariño ésta. — Desde que te amamantaba, presentía yo las grandezas que te traía tu nacimiento aparejadas y también las desgracias. No conozco ningún poderoso del mundo á quien la fortuna en sus rigores no haya tratado lo mismo que á ti.

— ¡Animo — añadía Helio, — ánimo! No desesperar nunca de ella, es una mitad casi de la victoria. Considera los medios que aún te quedan, la fuerza del imperio, los eficaces prestigios de tu familia, la debilidad que su propia obra suele pegar á los rebeldes, como á los criminales el crimen; las muchas armas de que aún dispones; las muchas gentes que te siguen aún; recuenta con exactitud todo eso, pésalo y mídelo con calma y paz, aprovéchalo con oportunidad y riéte de adversarios, los cuales no llevan el talismán de tu nombre, ni tienen á mano los recursos de tu poder y de tu grandeza.

— ¡Cuántas óptimas ilusiones, Helio, á quien únicamente le queda un supremo recurso!

— ¿Cuál?

— Abdicar.

— No pienses en eso; antes morir.

— Si abduco, me perdonarán por haberles el imperio cedido á

tiempo y de grado; si no, me quitarán la piel para llevarse con ella la púrpura.

— No digas tal — repúsole con razón Helio. — Tú no puedes, no, estar sino en el imperio de Roma ó en el sepulcro de tus mayores. Pensar que tus enemigos victoriosos habían de consentir ningún rival como tú y ninguna rivalidad como la que podías oponerles contra tu propia voluntad, es pensar lo excusado. ¡Lucha y vence, ó lucha y muere; pero lucha!

— Aún me queda otro recurso.

— ¿Cuál?

— Huirme y refugiarme allá entre los partos. Heles colmado de bienes y en tales términos distribuido sus fuerzas y arreglado sus asuntos, que me pondrán á su cabeza, obteniendo así corona imperial, no tan grande como la del romano imperio, pero más fuerte y sobre todo más segura que nuestro frágil ornamento, parecido al vidrio y amenazado de romperse á la continua entre un ejército indócil y un pueblo ingrato.

— No desvaríes. Lo que tú crees beneficio hecho á los partos, créenlo éstos humillación inferida por el poder hoy, ó á sus derrotas, ó á su servidumbre. Te recibirían como un enemigo, entregándote al primer general romano que requiriera tu persona, si no te mataban ellos mismos sin necesidad alguna de requerimiento.

— ¿Por qué no me habían de dar, á cambio del trono que ahora mismo les deferiría de grado, la prefectura del Egipto? Allí caen los secretos seculares de los obeliscos eternos; allí en las nieblas del Nilo se levantan entre juncales y palmas nuevos dioses portadores de nuevas religiones; allí no asusta la muerte, porque hasta las últimas piedras del suelo llevan como con una marca el sello indeleble de la eternidad; allí la vida se aumenta con los bebedizos que procuran los zumos destilados de las plantas litúrgicas, y se aumenta con la virtud sobrenatural de magias y sortilegios el ánimo y el alma.

— Yerras, Nerón, al creer todo eso — díjole con razón Helio. — Los dioses antiguos han abandonado el Egipto; y sus almas, tan mudas como yertas, parecen otoñales hojas arrastradas por los vientos del desierto.

— Pero Alejandría vive aún, y Alejandría es la cristalización del

pensamiento de Alejandro. Y el pensamiento de Alejandro vino, al concluir el ciclo metafísico de Grecia y Atenas, á encerrar las ideas de ambas musas en cánones sintéticos y en hechos prácticos. Por eso el nombre de Alejandro quiere decir conquista de la tierra para una idea y por una idea. Su espada de combate parece un rayo de luz; la correría militar por Asia, una procesión hierática; sus conquistas, una iniciación, y los hechos todos de tan grande hombre, una lluvia de ideas. No se diría que lleva el odio al combate, se diría que lleva el amor pidiendo á la victoria un alma nueva para la humanidad. Allí, en Alejandría, quiero yo vivir y morir.

— Te has olvidado, Nerón, de lo allí sucedido á la muerte de persona cuyo nombre importa en tu genealogía tanto, á la muerte de Antonio. Era el comedio de la noche infausta en que murió tal caudillo. Bajo el silencio, sólo interrumpido por algún sollozo de la consternación universal, oyéronse de súbito acordados ecos de músicos instrumentos y gritería de anacreónticos cantares y balanceos de báquicas danzas, como saliendo en precipitada fuga de la hierática ciudad. No se veía nada ni á nadie. Despedían la música los aires vibrando por sí mismos. Y era que un enjambre de bacantes invisibles corrían sin forma, sin color y sin figura por los espacios. «¡Evohé!» gritaban, ¡Evohé! sí, ¡Evohé!; y corrían desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olientes como el mosto, ceñidas de verdes pámpanos, armadas de áureos lirios; los rosados labios pidiendo besos ardentísimos, los negros ojos irradiando lumbre creadora, las cabelleras al viento, acompañadas de muchachuelos pastoriles que tañían caramillos y repiqueteaban castañuelas, tras el divino joven, tras Baco, aquel cuya infancia corrió en los bosques de la India, y cuyo cuerpo tendido en una carreta llena de follaje se aromaba en esencias embriagadoras y absorbía la vida entera desde los efluvios del éter hasta los vapores del mar, personificando en sí toda la naturaleza. Y ese dios ¡ah! se fué, llevándose consigo todos los demás dioses, que sólo existen allí donde los pone y los mantiene la universal creencia. Desde tal momento, Alejandría, la discípula de Grecia, se convirtió en asiático imperio, á cuyos pies roncan pueblos esclavos y en cuya cabeza dominan césares bestias. Si hubiera podido despertarse por entonces la sacra Grecia con sus bellas ciudades, sus coros de poetas, sus escuelas

de filósofos, sus vírgenes coronadas de mirto, sus héroes que iban al combate como á una fiesta, sus dioses vívidos y sus pueblos rientes, acaso hubiera podido salvarse la tierra. Pero la idea griega quedó, como Ifigenia, inmolada en la oriental Alejandría, muriendo con ella todo cuanto ha esclarecido á la humanidad y ha honrado la historia. Alejandría no es Alejandría, ¡oh Nerón!

— Allí, sin embargo, en ella me refugiare. No queda otro resto de Grecia. El Peloponeso de ahora es como una colmena de donde se han ido las abejas ó como un panal de donde se ha ido la miel. Alejandría me ha distinguido y celebrado entre todos los cantores del mundo y sobre todos me ha puesto. Así he mandado aparejar una escuadra en Ostia para que á las orillas del Nilo me lleve. Penetraré dentro de la ciudad sin más cetro que mi lira de oro y sin más corona que mi guirnalda de laurel. Y al oír sonar las cuerdas con dedos como los míos y salir de mi garganta melodías sin fin, ¡ah!, no bajaré de César, como quieren Galba y Vindex, ascenderé á dios.

— Triste sería en mí el molestarte ahora, ¡oh Nerón!; mas cree un leal consejo: si puedes irte á la ciudad de Alejandría como César, vete ya en buen hora; mas si no vas como César, ahuyéntate de allí y deja de pensar en ella.

— Pues Lidio quiso contratarme, ofreciéndome las rentas que me da el imperio en un año, si cantaba en Alejandría un mes.

— Cree que la proposición fué dirigida con seguridad al emperador, no al cantante.

— Mira, Helio: por todo paso, menos por injurias á mi voz y á mi canto; aún puedo infligirte un castigo y vengarme.

— Perdona, César, perdona. Mis palabras quieren todas ellas convencerte de como, perdiendo el imperio, lo pierdes todo, y persuadirte á que reunas los pretorianos y te arrestes á la defensa.

— Los he llamado, he llamado á algunos oficiales á fin de que me acompañen hasta Egipto. ¿No es verdad? — preguntó Nerón á uno de éstos, que acababa de llegar.

— Verdad. Pero nosotros, que te podemos seguir, después de haber combatido, á una derrota, no te podemos, no, seguir, inermes y pacíficos, á una huída.

— Pues qué, ¿tan gran desgracia es morir?

— ¡Ah! — dijo el César. — Comprendo cuánto va encerrado en esa interrogación. Ella reproduce un verso de la *Eneida*, puesto por Virgilio en la boca de Turno cuando el héroe se resuelve á pelear, mientras yo únicamente valgo para representar con declamaciones sonoras el papel de Turno en la escena. Todos me acusan y todos me reconvienen.

— Te acusan y te reconvienen — dijo Helio — porque ven como no piensas en Occidente, donde se halla el daño de tu imperio, y sueñas con Oriente, donde aguardas un aplauso para tu voz. Las legiones te hubieran ya seguido al campo y apresado los rebeldes si las trataras como compañías de soldados y no como compañías de comediantes.

— Y no puedo negarte la verdad, Nerón, de lo que pasa: el ejército hubiera seguido á un general, no acompañado á un prófugo — díjole con arrogancia el oficial que le había recordado la muerte con oportunidad. — Los juramentos prestados por él á ti, como los beneficios hechos por ti á él, te aseguraban su obediencia. Pero como los confiaste á Ninfidio, quien comparte con Tigelino la prefectura del Pretorio.....

— ¡Tigelino! ¡Tigelino! ¿Dónde se halla? No lo he visto en la semana corriente. No ha pasado ni un día de toda ella por casa, cuando antes nunca lo veía lejos de mi persona y de mi vivienda ni un minuto. ¿Dónde se halla Tigelino?

— Estará — dijo el oficial al emperador — en compañía de Ninfidio; puesto que los nombraste prefectos del Pretorio á uno y otro, estarán ahora con los pretorianos.

— ¡Cuán amargo acento y cuán tristes reconvenciones prestas á tus palabras! Yo nombré á Ninfidio por hijo de Calígula y por deudo en tal concepto de mi persona.

— Pues tiene — dijo el oficial — tanto que ver su sangre con la sangre de los Césares como la mía. A Ninfidio lo tuvo un gladiador muy hombre y muy forzudo en la matrona Ninfidia, que lo persiguió á todas partes sin soltarlo hasta mucho después de haber arrancado á su amor tal hijo.

— ¿Y qué quiere? — preguntó Nerón.

— Pasar por hijo de Calígula, con el fin de suplantar al pretendiente de ahora, el viejo Galba, sin una gota de sangre cesárea en las venas, y alzarse con el imperio.

— No puedo creerlo.

— Permite — dijo Helio en este momento — á un liberto como yo, que á tu lado morirá, decirte la verdad toda. Como hace días no te presentas al pueblo, encerrado cual estás en tu áurea casa, ó en estos jardines, el ambicioso ha divulgado la especie de tu fuga, y así el soldado no siente hoy el abandono en que lo dejas con tu supuesta huída, tanto como la injuria que le infieres suponiéndole capaz de faltar á su juramento y herir traidoramente al César. Creyéndose abandonados, se han reunido para defenderse y salvarse. Aún es hora de ponerte á su frente.

— ¡Oh! Me hallo fatigadísimo. Dejádme recluir dentro de mis habitaciones y entregarme un poco al sueño, que repara las fuerzas, y al pensar, que ilumina la conciencia.

Era la noche del año sesenta y ocho en la primer centuria ó siglo de nuestra moderna edad. En vano se tendió Nerón en su lecho y procuró dormir. El estado crepuscular y magnético y nervioso que ahora conocemos con el nombre de hipnosis, lo tuvo como dormido mientras velaba y como vigilante mientras dormía. La verdad y la mentira, la noche y el día, los sueños y los ensueños, el insomnio y el pensamiento se mezclaban de tal modo en su persona, que parecía un fantasma, hijo de la magia y del sortilegio, ante todos, y ante sí mismo una sombra de su sombra. Apenas había conciliado el sueño, cuando se despertaba; y apenas se despertaba, cuando volvía de nuevo á dormirse. Mas, así como la presión atmosférica y el estado eléctrico del aire á todos nos abruma, también le abrumaba con inmensa pesadumbre á él, cual á todos, aquel estado moral de Roma, no dominado por las sombras de una noche oscura ni por las treguas de un sueño callado. La sugestión revolucionaria en el espíritu de la ciudad tenía tal importancia y fuerza como una tormenta de su atmósfera. Así como se respira mal en un bochorno tormentoso, también se respira mal en una grande angustia revolucionaria. Nerón abandonó su alcoba minutos después de haberse acostado. La mayor parte de sus criados habíanse ya partido de allí, oliendo la quema. Ni cortesanos que lo adularan é incensaran á una con exceso, ni esbirros que velasen el sueño imperial ó delatores que le trajesen acusaciones de fuera, ni ministros recibiendo las órdenes ó senadores recibien-

do las leyes de sus manos, ni poetas con versos laudatorios, ni músicos y cantantes con odas é himnos; algunos esclavos fieles, guardando la religión del deber en los abismos de la servidumbre y de la infamia. Cuando Nerón viera esto, acabó de comprender que lo había perdido todo, y empezó á llamar con voces descompuertas á sus confidentes y amigos, no alcanzando respuesta de ningún género, como si hablase dentro de las tumbas con los muertos. Vista la horrible soledad, expidió mensajeros con recados verbales y cartas con precipitación escritas en todas direcciones, sin que una puerta se abriese al llamamiento, ni un amigo acudiera en su auxilio, cuando el cielo se le desplomaba encima y le subía la inundación revolucionaria en marea creciente hasta los labios. Extrañóse mucho del silencio y ausencia de Tigelino, en quien ponía toda su confianza, para el trabajo de contradecir á Ninfidio en la seducción de su guardia pretoriana. De éste, su cómplice, decía que era imposible á Tigelino vivir lejos de Nerón y á Nerón vivir lejos de Tigelino. Pero, solícito en los festines, huía de las angustias. Fuése á buscarlo, no dando crédito á sus ojos y no pudiendo aguardar noticias suyas en lo febril de su impaciencia. No obstante lo tranquilo de la noche, aumentábanse los horrores de sus presentimientos bajo el sudario de las sombras. Así, asustábase de sus propios pasos, retrocedía por ligeras fosforescencias aterrado, veía en los ojos del buho que pasaba una estrella enemiga, y las ramas de los árboles bajo que iba deslizándose le parecían palos amenazadores sobre su cabeza y lanzas dirigidas contra su pecho. Estaba en el caso de atravesar la ciudad entera, si había de ir desde los jardines Servilios al barrio Emiliano y al campamento de Agripa, donde Tigelino pernoctaba. En el terror connaturalísimo al estado de guerra, parecía la noche más oscura que de ordinario, más profundo el sueño de la ciudad, más espeso el sudario de las sombras, más siniestro cualquier estruendo, la compasión y la misericordia dormidas también, despierta y vigilante la venganza. Nerón llamó á cien casas en busca de cien amigos. Todas parecieron á sus llamamientos sordas, todas mudas para responder á sus gritos, como si estuvieran vacías. Él hablaba demandando socorro: únicamente le oían los buhos, que lanzaban gritos estridentes, y los perros, que ladraban á su vez con largos ladridos:

la Naturaleza estaba tan muda como la ciudad. Aquel hombre, dueño de tierra é ignorante del sitio donde concluían sus dominios, después de haber contado con ejércitos para heraldos y con pueblos para comitiva, iba como un mísero zorro y como un conejo asustado, por calles desiertas, en busca de una madriguera y no la encontraba. ¡Cuán terribles le debían parecer los monumentos, á cuya vera iba pasando en la desatentada huída! Creería que se le iban sobre la cabeza, y despierto, veíalos precipitarse á una sobre su cuerpo como aquellas estatuas del teatro de Pompeyo, que vió en sueños cerrarle como un ambulante muro el paso á la ciudad. ¡Cuánta desproporción entre su estatura menguando hasta pedirle abrigo, á guisa de pobre muchachuelo, á los brazos de su nodriza, y la estatua del coloso erigida por él en la ciudad, gigante como aquellas de Ciro y de Nemrod, conquistadores de pueblos y padres de dioses! La Vía Apia, con sus tumbas; el sacro suelo, por donde los triunfadores discurrían, tapizado de huesos que blanqueaban por modo siniestro en las sombras; el Campo de Marte, por cuyos espacios veía humear las piras donde se quemaran los despojos de sus tristes víctimas; el templo de Vesta, en cuyo santuario ardía la llama sacratísima, guardadora de la vida romana y de la lumbre del hogar y de la castidad intangible del sexo que asegura la legitimidad en los testamentos y herencias; aquel Júpiter Capitolino, con cuya frente frisaba su frente y con cuyo solio competía el solio de los emperadores, ahora desgarrado como triste vela náufraga por un huracán espantoso; el Apolo á quien ofendiera queriendo acallar su cítara y competir con su canto y robarle sus musas, como había violado en arrebatos de lujuria y demencia su virginidad á las vestales, debieron armar una danza en torno suyo tan terrible ó dirigirle unas reconvenciones tan espantosas, que le dolerían como si fueran chispazos de rayos entrando por sus fibras y conmoviéndolo y trastornándolo en la contemplación y paralelo entre su antigua miseria y su presente impotencia, que lo constriñeron á encerrarse de nuevo en los jardines Servilios y tenderse rígido en su lecho como un muerto.

— ¡Ah! No puedo conciliar el sueño — dijo á los pocos minutos de tendido allí, levantándose nuevamente. — ¡Ah de mi nodriza!

— ¿Qué mandas? — le dijo la pobre mujer, quien no se había re-

tirado á su alcoba, inquieta por la correría de Nerón entre sombras.

— Quiero la bola de oro, en cuya esfera contenía el veneno preparado por Locusta para infligirme la muerte con celeridad y dulzura.

— No la he visto por ninguna parte. Deben habértela sustraído para preservar á la muerte tu persona.

— Quiero el brazalete de mi madre, talismán donde se guardaba mi buena ventura, y que Agripina me ceñía en el brazo para preservarme de todo mal. ¡Ojalá nunca lo hubiera desceñido, nunca, de mí!

— Tampoco parece.

— ¡Dioses, ni tengo el cable que á la tierra me ceñía, ni tengo el tósigo que al infierno me mandaba! No me quieren á mí, no, ahora, ni el aire, ni el abismo. Dile á Espicolo que venga, y vete tú.

— Mira — dijo Nerón al esclavo que acababa de penetrar en su estancia, después de haberse ido la nodriza: — te llamo para morir como Graco y como Bruto y como Catón, borrando todo lo malo de mi vida con una buena muerte: mátame de un golpe. Lo agudo de tu puñal y lo fuerte de tu brazo me ahorrarán muchas angustias.

— Yo no puedo cometer un asesinato. Matando á quien es mi amo, cometería un parricidio. No quiero aparecer parricida, no, ante los hombres, ni ante los dioses. Quieres morir, mátate, Nerón, tú mismo.

— ¡Cuán cruel eres conmigo! César divino, me arrastro á los pies de un siervo abyecto, pidiéndole piedad, y no se apiada el cuitado ahora de mí. Y al rehusarme su puñal de acero, me clava el más agudo todavía de su juicio, diciendo que no quiere ser, como yo, parricida. ¡Oh, Agripina!, ¡oh, madre! Vindex y Galba te vengán, y también mis remordimientos. Vamos, te pido, esclavo, por última vez, te pido que me mates.

— No lo esperes de mí; siendo tu amigo de veras, como te muestra el hallarme aquí á la hora suprema de tantas interesadas huídas, no quiero pasar por tu enemigo.

— Yo no tengo en el mundo ni amigos ni enemigos.

— Déjame, Nerón, retirarme á las cercanas estancias, allí que-

dar, no para matarte, como tú pides, para en todo cuanto pueda y con todas mis fuerzas y con todos mis recursos, en cumplimiento del deber, ¡ah!, servirte.

Y se fué.

— No me compadecen los hombres, pues me compadecerán los elementos. El Tíber me recibirá en sus aguas, y una muerte así exaltaréme á mis propios ojos y me colocará entre los dioses.

Lanzóse al río, que pasaba cerca del jardín Servilio, pero sus domésticos le impidieron tal muerte.

— Mas Helio, Dorífero, Espiro, mis últimos amigos, ocultadme pronto, ya que os oponéis á mi muerte, ya necesaria; ocultadme allí donde pueda esperar el desenlace de tal tragedia y ver los últimos ensañamientos del destino con su víctima.

— En la cuenca del Arno, afluente del Tíber — díjole Faón, — tengo yo una quinta, César, que debo á tu munificencia, como libertado tuyo debo á tus decretos la libertad. Podrás ser tú para los demás un tirano, digno de condenación eterna; para mí eres un dios, digno de idolatría.

— Vamos á tu quinta. ¡Muros de la Ciudad Eterna, para siempre adiós! Al separarme de ti, ¡oh Roma!, diría que me separo de mi corazón: tal dolor siento en mi pecho. Vamos donde quiera el destino: quizás encuentre Roma otro dueño que la rija mejor, no encontrará ninguno que la quiera tanto.

— Vamos — dijo Faón — á mi quinta.

— Mira cómo voy: heme vestido de mendigo para que nadie conozca en mí al emperador. La huída ingrata de los míos ahora me favorece. Quien tuviera por séquito la humanidad, por peana la tierra, por solio el cielo, por corona el sol, ahora tiene que tender la mano al viandante y pedirle una limosna. Recuerdo que salí por última vez al teatro en el papel de Edipo, bajo la luz misma del cielo que calentaba los párpados del parricida, bajo la luz de Grecia. Y el verso último que dijera, fué: «Padre, pueblo, naturaleza, patria, quieren que yo muera.» ¿Por qué volví de Grecia? ¿Por qué no continué representando? ¿Por qué no admití la contrata de Lidio para tocar en Alejandria? ¡Cuán errado anduve y cuán cuitado fui! Vamos donde queráis, vamos á tu quinta, Faón, vamos.

— Mira, Nerón, ahí están los alojamientos militares — le dijo Helio.

— Me detengo instintivamente — le repuso Nerón, refrenando un poco su caballo.

— ¡Galba! ¡Vindex! — gritaban los pretorianos.

— Huyamos, pues huyó la esperanza — gritó el emperador.

— ¿Vais en busca de Nerón? — preguntó un viandante.

— No, huímos de Nerón — dijo el emperador en persona.

— ¿Qué hay de nuevo en Roma? — preguntó al grupo fugitivo, deteniéndolos otro caminante.

— El destronamiento de Nerón — dijo el emperador.

— Lo merecía — exclamó el viajero.

— Si no fuera tan de prisa — exclamó el emperador, — lo haría matar.

— Nos van á conocer — exclamó Faón, después de haberse alejado de tal interlocutor. — Tomemos por el atajo.

— ¡Cuánto abrojo! — exclamaron los acompañantes, á quienes los zarzales y espinos les arrancaban abundante sangre de los pies.

— Yo he apelado á una industria: voy sobre mi capa, porque me han herido las espinas en términos de no poder andar.

— Vamos á perderlo todo, Nerón, porque rayan los primeros albores del día.

— Los últimos para mí — exclamó Nerón.

— Te reconocerán.

— Y ya ¿qué?

— Te matarán.

— Lo sentiré ya por vosotros, á quien afligiré; por mí, no, pues dejaré de padecer.

— Allí hay una cantera, y en ella puedes encerrarte — le dijo Faón.

— No haré tal — replicó Nerón. — Entiérrenme muerto, no vivo.

— Pues el camino imperial está demasiado concurrido para que podamos recorrerlo, y demasiado cubierto de agudas erizadas espinas este campo para que podamos nuevamente hollarlo. Tendremos que abrir un agujero en la tapia de nuestra quinta y por él penetrar.

— Penetraremos por donde quieras — dijo el emperador, y aguardó paciente á que perforaran y abrieran la pared.

— Daos prisa — mandaba Faón á sus compañeros.

— Tengo sed — exclamó Nerón.

— Aguarda, que tendrás en casa un agua del cielo clara en cisterna recogida.

— No. Beberé del charco este.

Y tomó unos sorbos de agua tan infecta.

— ¡Mala! — dijo Faón.

— He ahí el refresco de un emperador — dijo Nerón, poniendo el pensamiento en los vasos murrinos y en los regalados refrescos de su juventud.

— Entra — le dijo Faón al emperador, mostrándole el agujero de la tapia.

— Entro con las manos como un titiritero por esta boca, y no con los pies como entrara en mi triunfo último.

— Ya estamos en casa. ¿Qué aposento prefieres?

— La ergástula.

— ¿Será por más escondida y por más recatada?

— Quiero morir en el cuarto de los esclavos y sobre un misérrimo jergón.

— ¿Necesitas algo? — díjole Faón.

— Tengo hambre y sed.

— Agua puedo darte; alimentos, no; pues, como no pensaba en mucho tiempo venir, carezco de provisiones aquí.

— Dame un mendrugo.

— Toma los últimos que para el perro quedaban.

— El agua la quiero tibia, pues hasta á la hora de morir cuidó la garganta.

— Como gustes.

Y le dió á beber en barro el agua caliente.

— ¡Qué voz la mía! ¡Cuán grande artista pierde, al perderme, la tierra! ¿Cómo se atreverá la muerte del infierno á la inmortalidad del músico?

— Cálmate, Nerón — le dijo Helio al ver que nuevamente se conmovía y exaltaba.

— Abridme un sepulcro que tenga la misma extensión de mi cuerpo. Revestidlo con la provisión de mármoles en toda quinta romana siempre acopiados. Que vea yo la cama donde por toda

una eternidad habrá de reposar mi cuerpo. Allegad el agua lustral con que rociaréis mis huesos y el ramaje con que habéis de constituir la pira.

— ¡Un correo, un correo, un correo! — dijo Faón.

— Veamos las noticias que trae. No me ocultes ninguna. Heme tragado ya todo cuanto habrá de suceder. Únicamente me sorprendería de sorpresa cualquier favorable noticia.

— El campo pretoriano se ha decidido por la rebeldía franca, proclamando á Galba; el pueblo ha seguido al pretorio, ciñéndose los gorros frigios de la libertad; el Senado ha seguido después con su sanción soberana y su voto unánime al pueblo y al ejército. Nerón queda declarado traidor á la patria. Las antiguas leyes le serán aplicadas.

— Y ¿qué disponen esas leyes, Helio? Tú, gran jurisconsulto como mi padre adoptivo Claudio; tú, gran administrador en ausencias y enfermedades de Nerón, habla pronto y bien.

— Pues disponen que sea el condenado desvestido de todos sus trajes, colocado en desnudez completa so el yugo de una horca, expuesto á la vergüenza pública largas horas, y luego azotado en una inacabable procesión hasta que lance su postrer aliento y muera.

— No se verán en tal recreo ellos, ni me veré yo en tal suplicio. Tengo aquí dos puñales: probaré sus puntas en mi nuez.

— ¡Nerón, Nerón, Nerón! — empezaron á gritar los concurrentes con gestos de verdadera desesperación y sollozos de verdadero dolor.

— ¡Cuál garganta! — dijo retirando de ella el arma. — ¿Cómo voy á partirla yo mismo, sin que allá en el otro mundo me reciban de mal talante mis progenitores heroicos, que aumentaran su gloria con ella, y los dioses propicios, que me la donaron? ¡Vaya con el Senado! ¡Cómo se revotara si hubiera podido yo penetrar por allí! ¡Cuántos votos les he concedido contra mí por no haberlos degollado á todos! Vamos, no hay otro remedio que el suicidio. Hacedme oír el plañido de vuestras lamentaciones. Que vea yo mi propio funeral y duelo. Mataos alguno, procurándome así una enseñanza buena é impeliéndome al deber con un gran ejemplo.

— No hay tiempo para cosa ninguna — dice Faón: — llegan en

este instante los jinetes que han de apresarte y conducirte á Roma preso.

— ¡Adiós el poder, adiós el arte, adiós el culto á la hermosura! Pierden los pueblos un artista que nunca merecieron. Cuanto hice hasta el minuto que corre paréceme indigno de un César. Acepto la muerte con valor y me preparo al juicio de la historia con resolución.

— ¡Vienen, vienen!

— Ya oigo con Homero la carrera tonante de los caballos alígeros.

— ¡Entran, entran! — exclamaron todos.

— ¡Ah! — dijo Nerón, y se clavó en la garganta un puñal, muriendo á esta fuerte puñalada en tristísima ergástula sobre los jergones de un esclavo.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ULTIMO